

CAPÍTULO VI

FRANCISCO I.—CÁRLOS QUINTO.

Cárlos I.—Felipe el Hermoso, hijo del emperador, con quien Fernando había casado á su única heredera (1516), había muerto antes que él; tenía, pues, por sucesor á Cárlos de Austria, que había nacido de aquel príncipe. Por Maria de Borgoña, su abuela, Cárlos era heredero de la mayor parte de los Países Bajos y del Franco-Condado; por su abuelo materno Fernando, de los de Aragon y Valencia, del condado de Barcelona y del Rosellon, de los reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; además, por Maximiliano, de Austria, de la Estiria, de la Carintia, de la Carniola, del Tirol y de la Suabia austriaca. Añádase á esto una estension de territorio africano y la mitad de la América, y se comprenderá cómo pudo alabarse de que nunca se ponía el sol en sus Estados.

A la muerte de Maximiliano se presentó tambien para pedir la corona imperial; pero tuvo por competidor á Enrique VIII, y aun más á Francisco I. Los embajadores de este príncipe iban al encuentro de los electores, corriendo de corte en corte con un saco bien provisto, y diciéndoles: «que no perpetuasen en la casa de Austria una corona electiva; que seria muy insensato el que al acercarse una tempestad, titubease en confiar al más valiente el timon de la nave.» Pero los talentos que Francisco I había manifestado, eran precisamente lo que le perjudicaba para con los electores, al paso que el príncipe austriaco no había aun revelado ninguno. Acostumbrados los príncipes alemanes á obrar á su antojo, temian que el monarca francés introdujese, en un Estado constitucional, las costumbres de un gobierno despótico. Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas ofrecian, no el poderoso cetro de Carlomagno, sino la inútil dignidad de Maximiliano, se mostró digno del sobrenombre de Prudente, rehusándole; les aconsejó diesen la preferencia á Cárlos, quien,

por la posicion de sus Estados, podría defender con utilidad el Imperio contra los turcos.

Aunque hombres prudentes aconsejasen á Cárlos se contentase con la España y se asegurase su amenazada posicion, éste, que recibió en el camino la noticia de que Cortés acababa de adquirir en Méjico un nuevo imperio que él no veria nunca, no por eso dejó de persistir en adquirir la diadema imperial: gastó é intrigó (1) tanto como su rival, y le venció. De todos modos se le impuso una capitulacion, que ha sido después el modelo de las capitulaciones siguientes, por la cual se obligó á proteger la cristiandad, la paz, la bula de oro, los derechos y la libertad de cada Estado, no colocar extranjeros en los empleos, no reclutar tropas fuera, y no usar otros idiomas que el latín y el alemán; se comprometió además á destruir las ligas comerciales que lo monopolizaban todo con su dinero, y á residir la mayor parte del tiempo en Alemania (1519) (2). Cárlos lo prometió todo,

(1) Aun se manifiesta en Ausburgo un borrador de los banqueros Frugger, con la indicacion de las diferentes sumas pagadas á cada elector para comprar su voto.

(2) *Capitulaciones impuestas por los electores á Cárlos Quinto.*

Primeramente, que su majestad defienda siempre la religion cristiana, el sumo pontífice y la Iglesia romana, de la cual se llame y sea continuo protector.

Que administre siempre la justicia á todos con igualdad.

Que procure siempre la paz.

Que confirme no sólo las leyes del Imperio y particularmente la de la Bula áurea, sino que las amplifique tambien en caso necesario con el consejo de los electores.

Que organice el parlamento de la Alemania en el Imperio.

Que no quite ni disminuya los derechos, los privilegios y las dignidades de los príncipes y de los Estados del Imperio.

porque las promesas no cuestan nada, y se puso á la cabeza de la nueva era.

¿Cuál no debía ser el despecho de Francisco I, héroe de Marignan, célebre en toda Europa, viéndose preferir en castigo de su gloria precoz, una

Que siempre que los electores necesiten reunirse para deliberar ó consultar acerca de las cosas relativas á la república de Alemania, puedan hacerlo, sin que sea dable á su majestad impedirlo.

Que anule todas las confederaciones y ligas celebradas entre la plebe y la nobleza contra los príncipes, prohibiendo por medio de leyes y edictos el celebrarlas en adelante.

Que no forme ningun pacto ni convenio con extranjeros sobre los asuntos del Imperio, sin el consentimiento de los siete electores.

Que no empeñe ni venda los bienes del Imperio, ni en manera alguna los deteriore ó disminuya, debiendo recuperar lo más pronto posible aquellos que al presente están ocupados por otras naciones, ó que han sido enajenados por el Imperio, sin cometer no obstante injusticia contra los privilegiados ó contra los que ostenten algun derecho.

Si su majestad misma ó uno de sus parientes ó de su corte, poseyese injustamente alguna cosa del Imperio, deberá restituirla, siéndole ordenado por seis electores.

Conservará la paz y la amistad con los pueblos y los príncipes vecinos y con los demás reyes cristianos.

No podrá declarar la guerra á nadie por asuntos del Imperio, sin que consientan todos los Estados y en especial los siete electores imperiales.

No conducirá soldados extranjeros á Alemania, sin el asentimiento de los alemanes; á no ser que su majestad ó el Imperio sea atacado ó molestado por otros; pues en tal caso, podrá apelar á todos los medios de defensa.

No hará que se reúnan parlamentos ni dietas para tratar de las cosas del Imperio, ni impondrá nuevas gabelas ó pagos sin el consentimiento de los electores.

No celebrará parlamento ni dieta sobre asuntos del Imperio, fuera de los confines de éste.

Los empleos públicos se darán todos á alemanes y no á extranjeros.

Deberá escribir todas las cartas en latín ó bien en el idioma vulgar de Alemania.

No hará comparecer á ningun príncipe ni Estado del Imperio ante un tribunal que resida mas allá de las fronteras imperiales.

En cuanto á los convenios con otros papas, su majestad deberá procurar que se observen por el presente pontífice y sus sucesores tales pactos, así como los privilegios y la libertad del Imperio.

Deberá reunirse á menudo con los electores.

Se habrán de revocar los arrendamientos de los mercados, que sean dañosos á Alemania.

Ni por mandato ni tampoco por carta recomendaria deberá su majestad disminuir las gabelas que tienen los electores cerca del Rhin.

Si se suscitare alguna disputa entre el emperador y un Estado ó príncipe de Alemania, deberán conocer de la causa los tribunales, sin que su majestad pueda bajo ningun concepto dirigir contra ellos las armas ni hacerles violencia, antes de fallarse la causa.

Su majestad no desterrará á ningun particular ni funcionario público sin antes oírle y sin proceder contra él jurídicamente.

Los bienes del Imperio que vacaren, no se conferirán á nadie individualmente, sino que se agregarán al patrimonio público.

mediania no temida, un mancebo desconocido, dirigido por ministros, y sin más en su favor que la intriga? Resultó de esto una rivalidad de amor propio más que de interés, y tal vez por esto mismo la más encarnizada, y al mismo tiempo la más célebre de la historia moderna (3). La reforma religiosa predicada entonces por Lutero, llegó á complicarla y á concentrar en dos grandes Estados y dos grandes hombres la atencion que en el siglo anterior se hallaba desparramada sobre una multitud de pequeños.

De los dos jóvenes soberanos árbitros de la Europa, el uno había manifestado ya un carácter guerrero; el otro se inclinaba más bien á la política y á los manejos secretos. Educado Francisco en una condicion privada, prefirió el glorioso título de su abuelo, el de rey de los nobles y *primer caballero de Francia*; y tuvo, en efecto, todas las cualidades y todos los defectos de un caballero. Presentábase, pues, como un héroe de la Edad Media; Cárlos como un rey moderno. Francisco amaba la ostentacion y el brillo, hasta rayar en locura; Cárlos queria la realidad, y no buscaba más que el éxito. Francisco afectaba un pundonor escrupuloso; Cárlos se contentaba con la simple lealtad de su familia, sin que ni uno ni otro tuviesen escrúpulo de faltar á ella en ocasion dada. Cárlos no descansó nunca; Francisco con frecuencia. El uno disminuía las distancias de sus diseminados Estados con sus continuos viajes, sabia ganarse el afecto de sus generales, sin dejarse dominar por ellos, y no concedia ningun imperio sobre él á las mujeres, de tal manera, que no se conoció

Si con ayuda de los Estados se adquiriere alguna provincia, deberá unirse é incorporarse al Imperio.

Si alguna de las cosas que han sido en otro tiempo del Imperio y públicas, se recuperará á expensas y con el trabajo de su majestad sola, habrá de restituirse no obstante al Imperio.

Su majestad ratificará todo lo que el conde Palatino y el duque de Sajonia hubieren hecho á favor del público mientras ha estado vacante el Imperio.

No ejecutará nada en público ni reservadamente, para vincular el Imperio en su familia, sino que dejará á los siete electores libre y entera facultad de elegir, segun la ley de Cárlos IV y el órden establecido por el derecho canónico, que se contiene en una decretal de Inocencio III, donde se afirma que los príncipes de Alemania tienen libre y plena voluntad de elegir al emperador, y que la dignidad imperial depende de la eleccion y no de la sucesion.

Su majestad se dirigirá á Alemania lo más pronto posible, á fin de coronarse.

(3) «Dios hizo nacer á aquellos dos grandes príncipes enemigos jurados y envidiosos de la grandeza uno de otro, lo que ha costado la vida á doscientas mil personas y la ruina á un millon de familias; y por último ni uno ni otro han conseguido más que el arrepentimiento de ser causa de tantas miserias. Si Dios hubiera querido que estos dos monarcas se hubiesen unido, la tierra hubiera temblado bajo sus pies.» MONTLUC.

Véase tambien *Ensayo sobre las negociaciones diplomáticas entre la Francia y el Austria durante los 30 primeros años del siglo XVI* por LEGLY.

nunca la madre de sus bastardos; el otro, por el contrario, prodigaba el dinero en magnificencias y caprichos amorosos, daba los mandos á los menos dignos bajo la influencia de sus cortesanos, por intrigas de mujeres ó rencores de corte, irritó al condestable de Borbon, al almirante Doria y al príncipe de Orange, que se pasaron á las banderas de su cauteloso enemigo.

Las más felices guerras de Carlos se hicieron por generales; pero su política fué la que las dirigió siempre, y en el arte de conducir una intriga, prometer, eludir y corromper, escudía con mucho al rey-soldado. Reflexivo desde sus primeros años, se rodeó de hombres de gabinete, sin confiarse no obstante á ninguno. De una política inexorable y fría circunspección, dirigía sus miras á atraerlo todo á sí, á hacer que todo fuese por su interés personal, y tomó por divisa: *Nondum*. Las fáciles conquistas de la América le exaltaron, é hicieron que abarcase en su ambición á todo el universo. Victorias más felices que merecidas, favorecieron á aquel pensamiento gigantesco; deslumbraron á sus contemporáneos, y pusieron á sus súbditos en el estado de aturdimiento, en el que la obediencia ciega del soldado pasa por heroísmo, y se tienen por lícitos todos los medios, con tal de que produzcan provecho y gloria.

Carlos era el mayor potentado de la Europa, en atención sobre todo á que la conformación de sus Estados le ponía en contacto con todos los países, y se unía á todos por algún punto. Bien pudo germinar en su cabeza la idea de una monarquía universal, no como dominación inmediata, sino como supremacía. En efecto, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos líneas, la libertad de Europa habría perecido. Pero la misma estension causaba daños á Carlos, que dominaba en países de una naturaleza tan variada, distantes unos de otros, y de los cuales ninguno estaba en una sujeción absoluta. La España supo siempre resistir á sus usurpaciones, y los demás le concedieron el dinero sueldo á sueldo. Francisco I tenía un reino más redondeado, los señores más dóciles, un poder más concentrado, más libertad para imponer contribuciones (4); una infantería nacional, igual en valor á la de los españoles, había reemplazado á las tropas mercenarias; Luis XI había humillado á los grandes, Luis XII y el cardenal d'Amboise habían combinado los mejores sistemas de administración para hacer dinero gra-

(4) Solía decir el rey Luis XI que su reino era á manera de un florido prado y lo segaba siempre que quería. El emperador Maximiliano comparaba al rey de Francia con un pastor de carneros, que tuviesen el vellón de oro, y decía que los esquilaba cuando le agradaba. Habiendo preguntado Carlos Quinto á Francisco I cuánto le redevolvía cada año su reino, contestó: *Cuanto quiero*. Relacion de Juan Correr á la Señoría veneciana en las *Rel. des Ambass.* Paris 1838, II, 144.

vando lo menos posible á sus súbditos, y la falta de Francisco I fué no seguir este camino.

España.—El fundamento del poder de Carlos Quinto era la España. Esta se había regenerado en la larga lucha de que había salido nación enteramente católica, más bien fiel á sus reyes que súbdita, pero su nacionalidad estuvo en peligro cuando le cupo en herencia á Carlos, príncipe austriaco y emperador. Podía temerse que abandonase el reino á algún virey, y que fuerte con sus Estados de Alemania, sofocase las franquicias de que los españoles eran extremadamente celosos, como de un bien comprado á mucho precio. Encontró á la cabeza del reino, en calidad de regente, al cardenal Jimenez de Cisneros, uno de los más grandes hombres de aquel país, que había sabido tener á raya con su firmeza á una turbulenta nobleza. Poco acostumbrado á consideraciones en lo que creía bueno, Jimenez de Cisneros quería que Carlos le concediese la autoridad absoluta de disponer de las rentas, magistraturas, gobiernos, plazas en el consejo de estado ó en el orden judicial, y lo concerniente á la guerra. Pero rodeado Carlos de extranjeros avaros del dinero español, se lo pedían de continuo. Estas exigencias hicieron que Jimenez descontentase á los españoles para satisfacerle, y tuvo que escribir á Carlos se presentase lo más pronto posible á apaciguar los ánimos, y que el mejor medio de conseguirlo sería comprometerse á no dar empleos á los extranjeros. Irritóse de ello Carlos; y apenas llegó con sus flamencos (1517), cuando sin mostrar política ni gratitud hacía el ministro que le había salvado la España, le autorizó para que se retirase á su diócesis. Pocas horas después murió de pesar Jimenez de Cisneros, y considerado como un santo, se creyó que hacia milagros.

Sustituyóle Carlos, Adriano de Utrecht, su preceptor, inhábil para los negocios y extranjero. Tanto en esto como en tomar el título de rey de Castilla y de Aragon cuando aún vivía su madre, violaba los privilegios de la nación. A duras penas obtuvo ser reconocido por las cortes de Castilla, Aragon y Cataluña; y á pesar de todas sus tergiversaciones, no pudo hacerse prestar juramento de fidelidad, sino prometiendo observar lealmente la constitución. Se le leyó un acta de juramento que en resumen venía á decir:

«V. A., como rey de Castilla, de Leon y de Granada, con la muy alta y muy poderosa reina Juana, nuestra soberana y vuestra madre, jura ante Dios y por los Santos Evangelios, donde coloca su mano derecha, y promete, por su fe y palabra real, á las ciudades, villas y lugares representados por los diputados presentes en estas cortes y á las provincias, ciudades y concejos que representan á estos reinos, como si aquí se nombrasen con toda distinción, que guardará y conservará el patrimonio real de la corona, y no enajenará de ninguna manera las ciudades, aldeas y concejos, ni su territorio y jurisdicción, ni los derechos y rentas de

las ciudades, ni las demás cosas de su dependencia, ni nada de lo que pertenece á la corona y al dominio real que posee en el día, ó que pueda corresponderle en lo futuro. Que si V. A. las enajena, se tenga esta enajenación por nula y como no acontecida; y que la persona á quien se hubiere hecho como título gratuito ú oneroso no adquiera ningun derecho á la propiedad. V. A. jura además y promete conservar las leyes y derechos de estos reinos, y principalmente la ley de Valladolid, que ordena y dispone todo lo necesario con respecto al presente acto de juramento. «Además, confirmáis á las ciudades, pueblos, concejos y provincias, y á cada una de ellas en particular, las libertades, privilegios, franquicias, cartas y esenciones concernientes á la conservación del dominio de la corona, como todo lo contenido en los dichos privilegios... Y de todo esto jura V. A. no alterar nada, suprimir ó disminuir por sí ó por su orden real, bajo cualquiera forma que sea, ni en la actualidad ni en ningun tiempo, ni por cualquiera causa ó motivo que ocurriere. ¡Si así lo hicierais Dios y los Santos Evangelios os presten su ayuda! Amen.»

Juró Carlos; tomó el título desusado de *Maximiliano*, y descontento del país, se fué á Alemania (1520), donde por entonces había sido elegido emperador, y donde se hizo solemnemente coronar como tal (5).

Padilla.—Cuando marchó, estalló el descontento. Indignado el pueblo de Valencia, se sublevó contra la nobleza que abusaba de los privilegios; y gozoso Carlos con ver humillados á los que se atrevían á poner tasa á sus gastos, no sólo se negó á prestarles ayuda, sino que autorizó al pueblo á permanecer con las armas en la mano. Envalentonado con esto, formó las *germantas*, sociedad que se juró para disminuir el poder de los grandes. Poco despues Juan de Padilla, señor jóven, que gozaba de gran crédito en Castilla, y que meditaba el proyecto de derribar á un regente incapaz, y asegurar las libertades públicas elevando allí las comunidades, se constituyó centro de esta asociación. Escuchóle el pueblo con favor, reunióse la junta santa en Avila, intimóse á Adriano la orden de abdicar sus poderes; y habiendo caído la reina Juana en manos de la junta, gobernó ésta en nombre de aquella princesa. A la negativa de Carlos de recibir á los diputados de la junta, tomaron las armas. Antonio de Acuña (6), obispo septuagenario de

(5) Baltasar Castiglioni, en una carta del 2 de noviembre de 1526, describe al cardenal Bibiena aquella coronación.

(6) Guevara refiere, en las *Epístolas familiares*, haber visto varias veces al obispo Acuña con la partesana al hombro, y nunca con el breviario en la mano ó la estola al cuello. Añade: «He visto con mis propios ojos á un sacerdote, que con su escopeta hizo morder la tierra á once de los nuestros; y lo mejor era, que al apuntarles los bendecía con el arcabuz, y después los despachaba con la bala.»

Zamora, peleó á la cabeza de sus clérigos; María Pacheco mujer de Padilla, enamorada de su marido y de la libertad, condujo á las mujeres en procesion á la iglesia de Toledo, donde pidieron perdon á los santos por despojar los altares para la defensa de la patria. Sostuviéronse las comunidades dos años contra los disciplinados esfuerzos de los nobles; pero en fin consiguieron apoderarse de Padilla (1522). Presa ésta de los sufrimientos, de una herida mortal y en presencia del suplicio, escribía á su mujer: «Señora, si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo, para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querría más dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiere. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no oso, que aunque fué su hijo en osar perder la vida, no fué su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo que aquí falta; y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Dirigió tambien su despedida en estos términos á la ciudad de Toledo: «A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí que por derramamiento de sangres estrañas como de las tuyas, cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legitimo hijo Juan de Padilla te hago saber, como con la sangre de mi cuerpo, se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad. La cual, como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió más que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son reveses de la fortuna que jamás tiene sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchos habrian que mi muerte contarán, que aun yo no la se, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo más escribir, porque al punto que esta acabo tengo á la garganta el cuchillo con más pasion de tu enojo, que temor de mi pena.» Su viuda, enarbolando de nuevo la bandera de Padilla, defendió intrépidamente á Toledo: arro-

jada al fin por los habitantes, cansados del sitio, se sostuvo algún tiempo en la ciudadela, y logró refugiarse en Portugal. Después de haber dispuesto Carlos Quinto una veintena de suplicios, proclamó el perdón y se aprovechó de aquella abortada insurrección, para reducir las cortes á una simple formalidad.

Con éstos principios, concibió el rey de Francia esperanzas provechosas á su rivalidad con Carlos Quinto. Se tocaban en tres puntos; y aunque los señores de Chevre y Boissy, sus preceptores, concluyesen en Noyon un tratado de paz por el cual Nápoles quedaba á la España, pasando en silencio los demás derechos, mediante el matrimonio de Carlos con una hija de Francisco I, aun de corta edad, existían entre ellos bastantes elementos de desunión. Además del despecho de ver que se le había preferido el príncipe austriaco á la corona imperial, Francisco se encontraba sometido, por el ducado de Milán, á la soberanía del emperador, que pronto manifestó sus pretensiones á él como á un feudo vacante, al mismo tiempo que las hacía presente á la Borgoña. La indemnización prometida al rey de Navarra no se le dió nunca. Las convenciones pontificias se oponían á que la corona imperial pudiese reunirse nunca en las mismas cabezas con la de Nápoles; en su consecuencia, Francisco I reclamaba esta última.

Habiéndole el interés común unido á Leon X, dió en matrimonio la princesa Magdalena de la Tour d'Auvergne al hijo de Lorenzo de Médicis, que acababa de ser investido con el ducado de Urbino; pero como difería restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede, Leon X proclamó de nuevo la espulsión de los bárbaros. Colocado como estaba en medio de Estados debilitados por las guerras pasadas; engrandecido con las conquistas de Alejandro VI, de Julio II y las suyas propias, árbitro de la república florentina, rico por las contribuciones de toda la cristiandad, Leon X hubiera podido mantener la balanza entre los dos rivales y asegurar la independencia de la Italia; pero sin elevación en su ambición, la comprometió fomentando la guerra (1521), y se unió contra su propio interés á Carlos Quinto, consintiendo en que reuniese la posesión de Nápoles al Imperio, y proponiéndose restablecer á Francisco Esforcia en Milán.

Primera guerra.—Aprovechóse Francisco I de la insurrección de las comunidades en España para invadir la Navarra, con objeto de restablecer allí al rey Enrique, y se hizo dueño de ella en quince días; pero la volvió á perder en el mismo tiempo. Por otra parte, Roberto de la Mark, señor de Bouillon, habiéndose separado de Carlos, que se había negado á hacerle justicia, se unió á la Francia y asoló el Luxemburgo. Marcharon los imperiales sobre la Francia, que de repente se armó toda. Bayardo defendió la entrada de la Champaña con muy poca gente contra treinta y cinco mil hombres, diciendo: *No hay plazas débiles cuando son defendidas por gentes valerosas*, salvó á su patria

de los extranjeros, y hasta conquistó algunas plazas en los Países Bajos. Al mismo tiempo, por la parte de los Pirineos, el almirante Bonnavet se apoderaba de Fuenterrabía.

Tenían antipatía los italianos á Carlos Quinto como emperador, es decir, como heredero de antiguas pretensiones, alemán, y oriundo de un país en que la herejía zapaba el trono pontificio; también como flamenco, porque pertenecía á una nación rival á la suya en el comercio; y en fin, como español y dueño de aquel nuevo mundo que les había arrebatado el cetro de los mares. En su consecuencia, querían á Francisco I. Este príncipe opuso á Próspero Colonna, general del papa y del emperador, á Odec Lautrec, hermano de la señora de Chateaubriand, su querida, guerrero valiente, extraño á la avaricia y á la lujuria, pero muy orgulloso é incapaz de aceptar ningún consejo. Tratado el Milanesado como país conquistado, del que se desenterraba á los ricos en partidas para usurpar sus bienes, tenía las peores disposiciones. Gerónimo Morone, ardiente patriota, infatigable, agudo, embustero, escelente, en una palabra, para urdir conjuraciones, sostenía las esperanzas de Francisco Esforcia, fomentaba los desórdenes interiores y las envidias de los Estados vecinos, é hizo tanto, que por todas partes se insurreccionaron contra los franceses. Habiéndose negado los suizos á pelear porque partidas de su país estaban al servicio del ejército enemigo, Lautrec se vió obligado á retirarse al territorio veneciano y Colonna entró en Milán, donde los libertadores continuaron por espacio de diez días el saqueo y las más brutales violencias. Esta era la recompensa más ambicionada para los combatientes, y á veces su único sueldo.

Con el objeto de poder remediar el mal, Francisco I adoptó el partido de crear en su reino veinte nuevos empleos en venta; envió á la casa de moneda la verja de plata que Luis XI había regalado á San Martín; hizo que le prestase la ciudad de París 200,000 libras, al interés de 12 por 100; y habiendo reunido de esta manera 400,000 escudos, los mandó á Italia; pero su madre Luisa de Saboya, que por envidia á la dama de Chateaubriand no quería que fuese socorrido Lautrec, encontró medio de estraviarlos y hacerlos pasar á sus arcas; de lo que resultó que Lautrec no recibió dinero. Después, cuando los suizos amotinados reclamaron su sueldo, su licencia ó el combate, se vió precisado á presentar la batalla; pero vencido en Bicocca por Próspero Colonna, le fué preciso evacuar la Lombardia (1522).

Entonces volvió á tomar Francisco Esforcia posesión del ducado, pero reducido á la última estrechura por ejércitos que todo lo robaban, y por la audacia de cualquiera que se consideraba bastante fuerte para desobedecer. Hizo Venecia la paz con el Austria, Génova fué también ganada y horriblemente saqueada; pero habiendo ocurrido de repente la muerte de Leon X, el cardenal de

Médicis, legado, y el cardenal Schinner de Sion, que hacían llevar su cruz de plata delante de las turbas de los suizos blasfemadores y ladrones, se separaron de Carlos Quinto, cuya intención era no dar dinero á aquellos pillos, sino consumirlos haciéndoles reprimir las rebeliones de la Bélgica, la Castilla y el reino de Valencia.

Liga de Roma.—La fortuna de los imperiales fué, pues, interrumpida; pero habiendo sido conferida la tiara á aquel Adriano, antiguo preceptor de Carlos Quinto y gobernador de España, hombre enteramente extraño á los intereses italianos, ignorante de los manejos de la política y amigo de la paz, el nuevo pontífice creyó conseguir una pacificación, no sólo absolviendo y restableciendo á los duques de Urbino y Ferrara, sino poniéndose á la cabeza de una liga entre el emperador, el rey de Inglaterra, el archiduque Fernando de Austria, Florencia, Génova, Siena y Luca, contra la Francia. Los apoyaba el condestable de Borbon, gran señor, disgustado con el rey Francisco, por querer éste disminuirle sus dominios, y despedazar el último resto de las grandes fortunas feudales en Francia. Prestó, pues, oídos á Carlos Quinto, siempre pronto á comprar enemigos á su rival, y que le aseguraba uno de los tres principales cargos de la corona de España, tierras por valor de 100,000 escudos de renta, y la mano de su hermana Leonora viuda de Manuel el Grande, rey de Portugal. Por aquellos pactos celebrados como de igual á igual, se obligaba el condestable á alistar en sus tierras trescientos hombres de armas y cinco mil infantes, debiendo corresponderle parte de las conquistas. Carlos Quinto y Enrique VIII se habían repartido ya la Francia en el tratado de Brujas; por lo que Francisco, no pudiendo ir á Italia, confió su excelente ejército de cuarenta mil hombres al más rastrero é inepto de sus cortesanos, al almirante Bonnavet.

El lúgubre drama de que la Italia era teatro se acercaba á su catástrofe. Los pequeños señores de Italia, Colonna, Barbiano de Belgiojoso, Escotti, Pio, Fregoso y Rangoni, que en los tiempos anteriores habían adquirido un dominio con las armas, vendían ahora su brazo para conservarse, y sin tener en cuenta absolutamente la fidelidad, trataban de conciliarse tan pronto al uno como al otro de aquellos soberanos sin fe, y había quien enarbolaba la bandera de Francisco, quien la del Imperio, pero ninguno la nacional. El pueblo, como acontece cuando sufre, esperaba algún consuelo á sus males; y en aquel movimiento general de la Europa, soñaba con el restablecimiento de los derechos de cada uno. Recordaban los gibelinos que la libertad había florecido en Italia bajo el nombre imperial, y esperaban que Carlos Quinto la haría renacer. Asustábanse los güelfos sólo con ver tantas tropas reunidas. Tenían confianza en la Francia y en sí mismos para obtener una buena paz. Florencia estaba sobre las armas; Venecia no estaba aun dividida; el papa creaba cardenales

para procurarse dinero, y no hubiera querido regocijarse á los luteranos. Entre tanto unos y otros padecían, y se acostumbraban á la servidumbre (7).

Los franceses eran mirados siempre en Italia, á pesar de tantos desengaños, como libertadores; y á la verdad, nunca trataron de exterminar de hecho pensado, ni irrogaban por cálculo injurias ni perjuicios. Abundando en valor, faltábales orden, prudencia, prevención suficiente, prevision de los desastres: excelentes soldados, creían hallarse aun en los tiempos feudales, y despreciaban las nobles artes introducidas por los españoles. Pero el valor personal no bastaba ya cuando lo eran todos los manejos, la fría astucia, el guardar la ocasión, y el dejar consumirse las fuerzas enemigas. Algunos italianos aprendieron pronto aquellas artes, y se valieron de ellas en daño de la patria; mas en los hombres del pueblo contrastaban con las virtudes de los tiempos libres; fuera de que las combinaciones mezquinas eran impotentes contra los vastos designios de la época. Sin embargo, por haber los italianos expuesto aquella política en un libro donde horroriza más que en la práctica, se les calificó de maestros en lo relativo á maldades, de que eran víctimas.

La espulsión de los franceses no había consolado á la Italia, porque los imperiales vivían allí á discreción saqueando y robando las ciudades y aldeas según la necesidad que tenían, y hasta los Estados independientes. Pero Morone continuaba fomentando contra ellos el odio en Milán; y Andrés Barbato, fraile agustino, escitaba también á

(7) Mons. Coro Gheri, gobernador de Placencia, escribe en 1514: «Está aquí Rovato, fraile calzado, hombre de mérito que goza de buena reputación en la ciudad. Y como ésta se halla dividida, habitando en un lado de ella los güelfos y en otro los gibelinos, de suerte que una facción no va á oír el sermón á las iglesias que están más próximas á la otra facción, y la iglesia catedral es la menos frecuentada por una de las facciones; el fraile Rovato, para encontrar el punto más común posible en la ciudad á ambas facciones, ha escogido una iglesia en San Protasio, etc.» *Archivio storico*, ap. VI, 36.

A Julian de Médicis enviaba en 1515 un memorial, donde dice:

«Esta ciudad está dividida en dos facciones principales, á saber, los güelfos y los gibelinos; ó hablando más principalmente, hay en ella cuatro familias principales; dos güelfas, los Scotti y los Fontana; y dos gibelinas, los Landesi y los Anguissola; y entre los nombres de estas cuatro familias se sortean los empleos de la ciudad, no mencionándose en la extracción de dichos empleos ni al príncipe ni á la comunidad; en las urnas donde están las papeletas se lee, la urna de los Landesi ó la urna de los Scotti, y así de las demás familias precitadas: cosa poco honrosa para el príncipe y odioso á los ojos del pueblo, porque de este modo reciben una superioridad muy extraña; resultando que los que son nobles y hombres de bien huyen de intervenir en las cosas de la comunidad, y que los que aceptan dichos empleos son en su mayor parte personas que necesitan seguir la voluntad de los que se los han dado.»

preservar á la patria de la mancha de los bárbaros, recordando que si los gentiles lo hacían únicamente con la esperanza de la gloria, los cristianos debían también pensar además en la vida inmortal (8).

Desunidos, como lo estaban, hubieran sucumbido los milaneses si el almirante Bonnavet, declarando que no quería imitar el ardor común en los suyos, no hubiese dejado escapar las ocasiones de vencer. De esta manera dió tiempo para que se entendieran los enemigos. A pesar de que éstos perdieron á Próspero Colonna, el general más prudente de la época, que había enseñado á vencer sin combate, y sólo por la elección de las posiciones, pudieron continuar la guerra mandados por Carlos de Launoy, que le reemplazó, y se juntaron al condestable de Borbon y á Francisco Avalos, marqués de Pescara. En sus filas peleaba Juan de Médicis, de la rama de la clase media, que se había pasado del servicio del pontífice al de la Francia, y después á las filas imperiales. Mandaba las bandas negras, llamadas así porque llevaban luto por Leon X. Volvió á introducir la costumbre de las tropas ligeras que había caído en desuso. «Quería que sus soldados montasen caballos turcos y rocines de España; que estuviesen bien armados con yelmos á la borgoñona, de tal manera, que siguiendo su ejemplo, y por la comodidad que se ha encontrado, casi se ha renunciado á los hombres de armas en Italia, produciendo con frecuencia entrambos efectos y con menos gastos y más rapidez. El fué también el que introdujo la milicia llamada lanzas rotas, que se componía de hombres elegidos y bien pagados, que seguían siempre, ya á pié, ya á caballo, á su capitán, sin estar sujetos á nadie más. De entre ellos salieron después hombres de gran reputación y autoridad, por su valor y la benevolencia del señor (9).

Bonnavet, abandonado por los suizos, derrotado completamente y herido al atravesar el Sesia, entregó el ejército á Bayardo. Este, olvidando las injusticias cometidas por él, tomó el mando y organizó la retirada; pero herido de muerte cerca de Romagnano, quiso que se le colocase junto á un árbol, con la cara vuelta al enemigo. En esta posición, mientras dirigía preces y actos de contrición á la cruz de su espada, le encontró el condestable de Borbon, y manifestó compadecerle; pero él le dijo: «No es á mí á quien hay que compadecer, pues que muero como hombre de bien, sino á vos, que peleáis contra vuestro rey y vuestra patria.» Enseguida espiró (30 de abril), y los franceses dejaron nuevamente la Italia.

Sin embargo, los vencedores no se regocijaban. Apenas podían encontrar en el país más fértil del mundo, reducido por ellos al estado más miserable, las cosas necesarias á su existencia; les fué

(8) GUICCIARDINI, XIV.

(9) ROSSI, *Vida de Juan de las bandas negras*.

preciso, para sostener sus tropas, llevarlas fuera de la Lombardia, principalmente á Romaña, cargando de contribuciones á sus súbditos y amigos, y mostrando á la Italia, que después de tantos sufrimientos, todo el consuelo que tenía que esperar se reduciría á un cambio de amo.

Clemente VII.—En este estado de cosas había muerto Adriano, hombre santo y príncipe incapaz. Tuvo por sucesor á Clemente VII, que con el nombre de cardenal Julio de Médicis, se había hecho amar, sobre todo en Florencia. «No era orgulloso, simoníaco, avaro ó libertino, sino sóbrio en su alimento, económico en su traje, religioso y devoto» (VETTORI). Instruido, además, en las ciencias, protector de las artes, diestro en los negocios más difíciles, orador elegante, fué, sin embargo, para la Italia el pontífice más funesto. Comenzó por hacer volver á la obediencia á los príncipes vasallos de la Iglesia, que se insurreccionaban cada vez que vacaba la Santa Sede; después pensó procurar una posición elevada á sus parientes; había siempre favorecido á la España, y se alababa (10) de haber impedido á Francisco I adelantarse hasta Nápoles, cuando su primera invasión en Italia; de haber decidido á Leon X á no oponerse á la elección de Carlos Quinto, y á abolir la antigua prohibición de unir la corona imperial á la de Nápoles; de haber favorecido la alianza del emperador con el papa para tomar á Milan; «de haber hecho elegir á Adriano VI, y no haber economizado para conseguir su objeto, los tesoros de sus amigos, los de su patria y los suyos.» Asustábase, sin embargo, entonces al ver á los españoles establecidos en Lombardia, lo que le hizo cambiar de política.

Sin embargo, la guerra se había convertido en una necesidad para aquellos que peleaban, con objeto de permanecer necesarios. El condestable de Borbon insistía en invadir la Francia y marchar sobre Lion: «Tres cañonazos, decía, harán que vengan á echarse á nuestros pies esos vecinos cobardes, con las llaves en la mano y la cuerda al cuello.» Reunió, pues, tropas y naves Carlos Quinto; procuró dinero Enrique VIII (11), y el mar-

(10) En una carta citada por Ranke.

(11) Se lee en las curiosas *Memorias de la ilustre casa de Russel* (Londres, 1833, 2 tomos), que lord Russel, encargado de entregar al condestable de Borbon los subsidios de Enrique VIII, se vió precisado á trasladar el dinero desde Génova á Chambery, en mulas, dentro sacos y fardos, bajo la forma de trapo viejo y legumbres para vender. Escribió desde Chambery á Enrique VIII, que el duque de Saboya, como noble y generoso príncipe, se había dignado permitir trasladar el dinero á Turín en sus propias mulas, en el arca de la casa real, donde por lo común están los adornos de su capilla: sobre cada división de esta arca está escrito lo que contiene, con el objeto de que nadie piense que hay allí otra cosa. Por medio de este artificio el subsidio que debía servir para hacer la guerra á la Francia pudo ser trasladado sin ser robado.

qués de Pescara pasó el Var con el condestable de Borbon. Pero pronto conocieron el horror que inspiran los traidores (1524), y lo fuerte y unánime que se levantaba la Francia contra los invasores. Cansados de la resistencia que experimentaron en Marsella, se retiraron después de cuarenta días de sitio, como si hubiesen emprendido la fuga, y Francisco I, que se adelantaba para castigar la *baladronada española* del desertor, atravesó el monte Cenís con cuarenta mil hombres, y marchó sobre Milan por Vercelli.

Los soldados habían llevado allí la peste, su inseparable compañera; Esforcia y Morone, su canciller, se habían ahuyentado. Viendo Pescara que ya no podía sostenerse allí, se replegó; y los franceses entraron en la ciudad, cuyo gobierno se confió á la Tremouille.

Desanimados los imperiales, se desertaban muchos soldados desde que habían perdido las esperanzas de vencer y saquear; los oficiales no estaban acordes sobre los partidos que había que adoptar, y Francisco I hubiera podido asegurarse la victoria, si el almirante Bonnavet no le hubiese siempre inclinado en contra de las empresas más ventajosas como no convenientes á un rey, y si hubiese conocido el sistema moderno de no atacar las fortalezas. El tiempo que perdió en hacerse dueño de ellas, lo aprovechó Antonio de Leiva, que había asistido á treinta y tres batallas y cuarenta sitios, y le empleó en fortificar á Pavía. Mientras que Francisco I se detenía delante de esta plaza, Juan Jacobo de Médicis, aventurero milanés, que había conseguido en medio de aquellos trastornos una dominación en el lago de Como, pudo, sitiando á Chiavenna, impedir que los grisones viniesen en su socorro, mientras que reuniéndose los imperiales por todas partes, rodearon al ejército francés. En una época en que ya todo estaba reducido á táctica, el rey se empeñaba en las proezas de la antigua caballería, convirtiendo en un punto de honra el no retroceder nunca.

Batalla de Pavía, 28 de octubre.—Aceptó, pues, la batalla, y ocho mil de los suyos perecieron allí con una veintena de los mejores capitanes. Bonnavet fué muerto, y también la Tremouille; el mismo rey, rodeado de enemigos, que sin conocerle, querían matarle, tuvo que defenderse en persona, hasta el momento en que fué hecho prisionero por Juan de Aldana. Este general recibió de rodillas su espada y le entregó otra; los enemigos más próximos se apresuraron á saquear todo lo que tenía sobre él y hasta sus vestidos. (12)

Aunque el rey escribió á la duquesa de Angulema: *Todo se ha perdido, menos el honor* (13),

(12) *De tout pars lors depouillé je fus,
Rien n'y servit, deffense ne refus,
Et la manche de moy tant estimée,
Par poubre main fut toute despecée.*
(Carta escrita por él en su prisión).

(13) Aunque sea de sentir quitarle parte del mérito á

Carlos Quinto conocía bien que no había perdido nada, y que la Francia permanecía entera, aun sin su rey. En su consecuencia, mostró moderación en la alegría que le causó aquella gloriosa captura, y no siguió el consejo que le daba el duque de Alba de invadir la consternada Francia. Toda la Europa se interesó por el rey-soldado. Erasmo escribió á Carlos Quinto; los nobles españoles pidieron que se le dejase en libertad bajo su palabra, ofreciendo servirle de fianza. Francisco I se había confiado á la generosidad de su enemigo; pero Carlos Quinto le hizo encerrar en el castillo de Pizzighetone, y le pidió por rescate la cesión de la Borgoña, Milan, Asti, Génova y Nápoles; además, para el condestable Borbon, la restitución de sus bienes confiscados, el Delfinado y la Provenza, para formar un reino independiente. *¡Antes morir en la prisión, exclamó Francisco I, que cercenar el patrimonio de mis hijos!* y se dejó trasladar á España, persuadido de que le bastaría una conversacion con su hermano Carlos para obtener su libertad. Pero concibiendo el emperador recelos de los honores que le prodigaba la nobleza, prohibió la entrada al alcázar donde le tenían prisionero. También se negó á verle, hasta el momento en que supo que estaba enfermo de pesar: temiendo entonces perder una prenda preciosa, de la que esperaba sacar buen provecho, le visitó sin concederle más que cortesías. Habiendo ido la misma Margarita de Angulema á consolarle, trató de detenerla con maneras muy afectuosas, hasta que espirase el término de su salvo-conducto, para poder hacerla de esta manera prisionera.

Este inesperado acontecimiento evitaba ya los subterfugios de la política, y arrojó el espanto en Italia, que quedó á merced de un ejército victorioso, insubordinado y acostumbrado al saqueo. Clemente VII, que se había unido á Francisco I, no podía aguardar más que una borrasca, y no se había preparado bien á hacerle frente con sus economías inoportunas y una deplorable irresolución. Hubiera podido, uniéndose á los venecianos como se proponía y al duque de Ferrara, sostener el honor italiano contra un ejército sin sueldo y sin disciplina; pero prefirió arreglarse con Carlos Quinto, desde que este príncipe aseguró Florencia á los Médicis. Le proporcionó dinero, que permitió á los imperiales recobrar vigor, cesando entonces éstos de temer la unión de sus enemigos, tiranizaron á los divididos italianos y al mismo pontífice, que no habiendo querido ponerse á la cabeza de sus compatriotas, se encontró á merced de los extranjeros. Reconoció Clemente su falta, y unió sus quejas á las de toda la Italia, que temblaba á

esta frase tan repetida, es preciso restituírle su integridad histórica. *Todo se ha perdido, excepto el honor y la vida que se ha salvado.* (Véase sobre estos acontecimientos la *Historia del cautiverio de Francisco I*, por Rey. París, 1837).

la idea de permanecer bajo un yugo que acababa de sufrir con tanta dureza.

Conspiración de Morone.—Esforcia, á cuyo nombre se había recobrado el Estado de Milan, era presa de la soldadesca, y conocía que Carlos Quinto trataba de desposeerle, para reunir el ducado á sus posesiones hereditarias. Su canciller, Gerónimo Morone, á quien aquella ambición hacia temblar, concibió la idea de una liga italiana para asegurar la independencia del país (1525). Enrique VIII la favoreció por envidia á Carlos, y la regenta de Francia prometió subsidios con la esperanza de obtener de aquella manera mejores condiciones del vencedor.

El marqués Alfonso de Pescara tenía gran crédito en el ejército español. Nacido en Italia, pero oriundo de aquel país, no hablaba más que la lengua española: de un orgullo desmesurado, era envidioso, ingrato, avaro, rencoroso y cruel, sin religión, sin humanidad, y nacido solamente para la ruina de Italia. (BELLORI) «No estaba contento con que Launoy hubiera enviado á España al real prisionero, que el ejército quería tener en prenda por sus sueldos atrasados. Lisonjeóse Morone de atraerlo al partido italiano, no atacándole por el lado del sentimiento nacional, sino lisonjeándole con la esperanza de una corona. Estrañó á la cultura italiana, y educado por la tectura de los romances españoles, en ideas exageradas de lealtad, Pescara no creyó envilecerse descendiendo al infame papel de espía. Consintió en avocarse con Morone en el castillo de Novara, donde se puso al corriente de las prácticas entabladas ya, de los cómplices y medios de éxito. (14) Pero había tenido la precau-

(14) «Cosa para mí tanto más sorprendente, cuanto que recordaba que Morone me había dicho muchas veces, que no había en Italia hombre igual en malicia y mala fe al marqués de Pescara.» GUICCIARDINI, XVI.

El embajador veneciano Gaspar Contarini esparce alguna luz en el acontecimiento de Morone y Pescara: «El consejo de César está dividido en dos partes; el jefe de una es el canciller (Gattinara)... éste aconseja á César que se haga monarca universal, que cuide de la expedición contra los infieles, cosa propia de un emperador cristiano, y que humille la corona de Francia... para lo cual es preciso que se atraiga el afecto de Italia... Por el contrario, el virey (monseñor de Beaurain) y don Hugo de Moncada, cuyo consejo favorece lo más posible al marqués de Pescara, aconsejan á César que se convenga con Francia y arruine á Italia, de la cual dicen se apoderará arreglándose con el rey cristianísimo. Pero la cesárea majestad, á nuestra marcha de la corte, parecía inclinarse al dictamen del canciller, y querer que prevaleciese. Al llegar á Italia y ver el tumulto del Estado de Milan, me he admirado sobremanera, juzgando que esta comisión tan particular (*de destituir al duque*), no la ha recibido el marqués del César, el cual le había conferido únicamente una comisión general por cierta sospecha que tenía del duque. Pero él, impulsado de su mala voluntad contra éste y contra Italia, ayudado además del archiduque de Austria, que aspira al ducado de Milan, se ha excedido hasta el punto que hemos

ción de ocultar detrás de un tapiz á Antonio de Leiva. En su consecuencia, fué preso é interrogado el canciller por el mismo marqués, ocupado el Milanésado, y sus habitantes obligados á jurar fidelidad al rey de España.

Cuando los italianos vieron á Carlos Quinto en posesión del Milanésado, conocieron que era perdida su independencia. Adoptando entonces Venecia el papel abandonado por Florencia de protectora de la libertad italiana, reunió tropas y dirigió á Clemente VII las más vivas instancias para que se declarase seriamente. En efecto, escribió el pontífice cartas al emperador, que manifiestan cuán poseído estaba del sentimiento de sus deberes, y de los del monarca á que se dirigía (15); pero cuando se trataba de obrar, vol-

visto. » *Relaz. degli. amb. veneti*, série primera, tomo II, página 59.

(15) «..En todo el tiempo pasado, teniendo nosotros grande opinión de la bondad y sabiduría de V. M. y de su excelente ánimo hácia la paz y la libertad de Italia, habíamos puesto en V. M. toda nuestra esperanza de pacificar la afligidísima cristiandad, y dirigir los esfuerzos á aquellas obras que pertenecen al honor de Dios y á la exaltación de su santa fe con suma gloria de V. M.; mas de repente, cuando nadie lo aguardaba, en completa contraposición de la opinión que tenemos formada de vuestra buena y santa voluntad, según la hemos encarecido siempre á todos, aconteció que por los ministros de V. M. en Italia, el ducado de Milan fué quitado al duque, y éste se vió sitiado en el castillo, y recabando la obediencia en nombre de César; lo cual ha hecho perder toda esperanza y frustrado todo designio de pacificación. Apareciendo tan manifiesta la ruina de Italia, los que temían por sí y á la par eran poco amigos de V. M., no cesaron de confortarnos y animarnos, diciendo que antepusiésemos á todo el deber de buen príncipe italiano y de verdadero papa, el cual exigía que impidiésemos la servidumbre y opresión de Italia; mostrándonos que en atención á habernos anunciado muchas veces lo que ha sucedido luego, debíamos adherirnos más bien á sus razones, que llevaban en sí tan gran sello de verdad, que dejarnos engañar por las de los demás. Pero aunque alguna vez sintiésemos suspendido nuestro ánimo, y dudásemos de la mente de V. M. respecto de nosotros, al ver que no se nos respondía como merecíamos, y que vuestros ministros en Italia inferían á nuestro Estado y á nuestros súbditos muchos ultrajes, como siguen haciéndolo; sin embargo, no hemos querido nunca celebrar contrato alguno que nos privase de la amistad y el amor de V. M... Teniendo firme esperanza de que aquel que tantas veces ha mostrado y prometido que su voluntad era constituir en Italia potentados libres, lo hará ahora con tanta mayor diligencia, cuanto que se ha visto al Estado de Milan conducirse de un modo enteramente contrario á esta esperanza. Con tal objeto, para ver una prueba clara de la fe y buen ánimo de V. M., hemos estipulado con el señor duque de Sessa y el caballero Ferrara, esperar dos meses hasta recibir vuestra determinación, y hemos señalado este plazo contra la voluntad de todos, pues generalmente se cree que no debería desaprovecharse la ocasión, y que cualquier plazo es perjudicial á los asuntos de Italia...»

»Hacer que esto no suceda, que la desesperación de muchos no lleve la suma de las penalidades hasta donde nunca ha subido; depende de vos, carísimo hijo, en quien

via á recaer en sus dudas, y recurría á medios de astucia. Príncipe fatal, que queriendo arruinar á la Francia por medio del emperador, y al emperador por medio de la Francia, adhiriéndose tan pronto á uno como á otro lado, según los celos del momento, sin hacerse amar ni temer, estinguió la libertad de su país natal, y atrajo sobre la Italia calamidades, de las que tuvo en parte que resentirse él mismo.

En Francia, donde Luisa de Saboya se había hecho cargo de la regencia, todos los órdenes del Estado daban ardientes pruebas de afecto, y ofrecían dinero para conservar la integridad de las fronteras. Si Francisco I hubiese tenido el valor de abdicar, de modo que no quedase más que un hombre prisionero, nada hubiera tenido que temer la Francia. Lejos de esto, se ostentó como rey, y trató de su libertad con un enemigo que no conoció que le era preciso, ó conservarlo enteramente prisionero, con el objeto de que las discordias interiores consumiesen el reino, ó devolverle generosamente á una nación que se deja conducir comúnmente por el sentimiento (16). Pero obedeciendo

estriba toda esperanza y remedio. Ahora es la ocasión de que V. M. muestre de una manera indudable la verdad de lo que tantas veces ha repetido, á saber, que quiere la paz y libertad de Italia, devolviendo su Estado al duque de Milan, y alejando de las almas de todos un miedo y una desesperación tal, que de no disiparse corre peligro de estallar como nunca. Si se acusase al duque de haber celebrado alianza contra V. M., atendida su naturaleza y las infinitas opresiones que se le irrogaban, debe V. M. juzgar que por parte del duque no ha habido sino algún error, mientras que otros han incurrido en una verdadera perfidia, alguno de los cuales quizá á cuenta ya ante Dios...»

»Suplicamos, pues, á V. M. encarecidamente, y con nosotros la paz y el sosiego de la cristiandad, que consienta, poniendo en libertad y devolviendo su Estado al duque, en dar esta prueba de su sincera fe y de su deseo de proporcionar la paz á Italia; lo cual atraería á V. M. el afecto de todos, pudiendo en consecuencia asegurar perfectamente sus cosas con una alianza común...»

»Estos actos, carísimo hijo, no pueden aniquilarles la muerte ni el tiempo, que con tal facilidad destruyen los principados, las victorias y el poderío de los hombres; y dando así algún objeto particular al bien público, se gana el cielo y una gloria imperecedera en las edades futuras. Nosotros, si V. M. se deja persuadir por las palabras de un bueno y cariñoso padre, y cede á nuestras súplicas justas y honestas, le ofrecemos no sólo diezmos, cruzadas, capillas, todo lo que puede conceder nuestra potestad espiritual y temporal, sino también nuestra sangre y vida, consagrándole para siempre tanto honor y afecto, que jamás nos separemos de sus consejos ni de su voluntad.» *Lett. di Fr. II*, 95. La fecha es del 16 de diciembre de 1525.

(16) Maquiavelo escribía á Guicciardini el 3 de enero de 1525... «He sido siempre de opinión, que si el emperador quiere llegar á ser *dominus rerum*, no debe dejar libre al rey; pues conservándole, imposibilita á todos sus adversarios, que por este motivo le dan ó le darán cuanto tiempo necesite para organizarse, porque tiene ora á Francia, ora al papa con esperanza de acuerdo, y ni desecha los

Carlos á mezquinos intereses, y queriendo hacer con su rival lo que Cortés con Motezuma, en lugar de seguir los consejos de su confesor, que le invitaba á perdonar, escuchaba á su canciller Mercurino Gattinara, que le inclinaba á usar de rigor, y llegó hasta tratar mal al rey. Persuadido Francisco I de que era preciso engañar á aquel que le violentaba, consintió, pues, en las condiciones exigidas por Carlos, es decir, en abandonar la Borgoña y otras provincias de Francia, sin contar la renuncia de sus derechos á Flandes, el Artois y el reino de Nápoles.

Leonor de Portugal había sido prometida en matrimonio por Carlos Quinto al condestable de Bordon; pero cómo podía dar la mano de su hermana á un hombre manchado con una traición? Cuando el duque llegó á Madrid, el marqués de Villena, á quien Carlos Quinto rogaba diese alojamiento en su palacio, le contestó: «No puedo desobedecer á vuestra majestad; pero apenas haya salido de él, cuando le prenderé fuego, como infestado por la presencia de un traidor.» Comprometióse Francisco I á casarse con Lecnor, dando en indemnización al duque de Borbon, sus feudos confiscados y el ducado de Milan. Sus hijos debían ser entregados en rehenes en cumplimiento del tratado. Estas condiciones parecían de tal manera exorbitantes, que Gattinara se negó á firmarlas como de imposible ejecución. Pero Carlos estaba satisfecho con haber conseguido humillar á su rival, y, después de haberle hecho sufrir las penalidades de la prisión, no le desagradaba poder hacerle el cargo de desleal. Aspiraba Francisco á la libertad, á los placeres, al ejercicio del poder, y, sin tomarse tiempo para abrazar á sus hijos que se quedaban en su lugar, se lanzó al territorio francés exclamando: *¡Aun soy rey!* (18 de marzo de 1526).

Al momento reunió á los grandes en Cognac, y fué la opinión unánime que estaba libre de cumplir un tratado conseguido por la fuerza. Los Estados de Borgoña declararon que el rey no tenía derecho para ceder su país. La asamblea de los notables proclamó en París que no podía enajenar el país ni constituirse prisionero, y votó subsidios para hacer la guerra. Acusáronse mutuamente de felonía Carlos y Francisco, y de nuevo se prepararon á pelear. El honor del rey no había sido empañado en Pavia; pero sucedía lo mismo en las circunstancias actuales?

Por sugerencias de Capino de Capo, nuncio de Clemente VII, y por las del embajador veneciano, entró Francisco I en una santa liga que tenía por objeto libertar á sus hijos, asegurar á Esforcia el

tratados ni los celebra. Y como ve que los italianos están inclinados á unirse á Francia, estrecha con ésta las conferencias; de suerte que Francia no concluye nada y él gana; se ha visto que con estas bagatelas ha ganado á Milan, y ha estado á pique de ganar á Ferrara.»